

EL FACTOR RELIGIOSO EN LA TRANSICIÓN POLÍTICA CHILENA: LA APUESTA PAPAL POR UNA VÍA DE RECONCILIACIÓN NACIONAL

MARCELO E. AGUIRRE DURÁN

Instituto de Historia. Universidad de los Andes

guirre@uandes.cl

RESUMEN: En 1987 Juan Pablo II realizó su único viaje apostólico a Chile. El Papa no se encontró solamente con una sociedad profundamente dividida, sino que encontró también una Iglesia chilena que intentaba conciliar sus fundamentos doctrinales básicos con un proceso de fuerte crítica social en contra del gobierno militar del general Augusto Pinochet Ugarte. Pero también del lado chileno, tanto en el gobierno como en la propia iglesia chilena, existieron incertidumbres reales sobre la actuación de un pontífice caracterizado por una actitud de profunda libertad al momento de valorar las realidades de las diferentes sociedades que le había tocado conocer. El caso de Chile, por tanto, no era una excepción.

Palabras clave: Juan Pablo II – Iglesia chilena – Dictadura militar – reconciliación nacional

ABSTRACT: In 1987 Juan Paul II realized his only apostolic trip to Chile. The Pope found a deeply divided society. And he also found a National Church that it was trying to harmonize his doctrinal foundations with a a strong criticism position against he military government of the general Augusto Pinochet Ugarte. In the other hand, the military government and the Chilean Church were really uncertainties with the papal visit because John Paul II behavior was characterized of a deep freedom to value the realities of the different societies that he was known around the world. The case of Chile, therefore, was not an exception.

Keywords: John Paul II – Chilean Church – Military dictatorship – national reconciliation

Marcelo E. Aguirre Durán es Secretario Académico del Instituto de Historia de la Universidad de Los Andes de Santiago de Chile. Licenciado y Doctor en Historia, Master en Historia del Mundo Hispano, Instituto de Historia (CSIC), Madrid.

LA PREPARACIÓN DEL VIAJE

Los preparativos de la visita pastoral de Juan Pablo II comenzaron a principios de 1985. El día 21 de octubre de aquel año, tanto en Santiago de Chile como en la Ciudad del Vaticano, se hacía oficial la visita apostólica para el primer semestre de 1987. A los pocos meses de este anuncio, el 12 de marzo de 1986, dentro del marco de la preparación del viaje, la Conferencia Episcopal Chilena dio a la luz pública un documento titulado: *Sin miedos y llenos de esperanza*¹.

Este documento tenía por finalidad hacer un análisis de la situación político-social del país, poniendo especial énfasis en las condiciones particulares de la sociedad chilena, particularmente dividida frente a la situación de política interna. Junto a ello, se hacía especial hincapié en la necesidad de no instrumentalizar la visita papal, tanto por los organismos del gobierno como por los sectores opositores a éste. Había signos manifiestos, entonces, de lo que era la compleja realidad chilena y de lo que significaba, en definitiva, la visita del Papa Polaco.

Las relaciones entre el episcopado chileno y el gobierno militar se encontraban en una delicada situación debido a algunas medidas adoptadas por este último, las que afectaban directamente a la sociedad chilena. Curiosamente, quizás de modo paradójico, lo que en un primer momento parecía el alejamiento definitivo de la amenaza marxista, se fue transformando, paulatinamente, en una situación compleja para la labor pastoral de la jerarquía eclesiástica, tal como ha sido descrito por el profesor Eugenio Yáñez: “de la confianza y esperanza, se pasó a la desconfianza y desesperanza, de la exhortación a la acción, de la crítica a la denuncia”².

La Iglesia chilena se encontraba en una particular coyuntura al momento de desencadenarse el golpe militar de 1973. Graves problemas internos de aquellos años, especialmente con el movimiento *Cristianos por el socialismo*, habrían mantenido a los obispos chilenos con variadas preocupaciones, hecho al que se habría sumado el conflicto político y de derechos humanos que por vez primera involucraba a la sociedad en conjunto.

De este modo, la Iglesia comenzó a tener una actuación que podría ser vista desde dos aspectos complementarios: a) como una institución extendida a lo largo del país, con legitimidad y respeto en todos los ámbitos sociales, y b) como un centro de influencia escuchado y acogido. Por tanto, a las decisiones y opiniones de la jerarquía contra algunos abusos militares se unía el rechazo que generó en la opinión pública la molestia del gobierno contra algunos miembros del clero, los cuales fueron calificados de izquierdistas³.

1 Documento publicado por la Conferencia Episcopal Chilena el 11 de marzo de 1986.

2 E. YÁÑEZ, *La Iglesia y el gobierno militar. Itinerario de una difícil relación (1973-1988)*, Santiago-Chile, 1989, p. 52.

3 Para este tema véase: J. ESCOBAR, *Persecución a la Iglesia en Chile*, Santiago-Chile, 1996.

Así, la visita del Papa Juan Pablo II implicaba una revisión de muchos aspectos concretos que tenían relación con la sociedad chilena, con la Iglesia y con el gobierno militar. Junto a ello, la visita suponía un desafío para la jerarquía eclesial chilena, pues la permanente tarea de “exhortación y denuncia”⁴ estaría, durante el mes de abril de 1987, en la retina de los medios de comunicación de todo el mundo.

El viaje pontificio a Chile significaba una suerte de “tregua” ante las diferencias de opinión suscitadas entre el episcopado y el gobierno, pues el Sumo Pontífice representaba, al menos en el deseo nacional chileno, la anhelada reconciliación entre la sociedad, por aquellos años claramente dividida. Para la preparación de este acontecimiento se formó una comisión presidida por Monseñor Juan Francisco Cox. Contrariamente a lo esperado, los preparativos fueron motivo de grandes tensiones y desencuentros entre personeros de gobierno y miembros de la jerarquía. La principal llamada por parte de la Iglesia era a la no instrumentalización del viaje papal, pues éste no estaba motivado por el apoyo ni al gobierno ni a la oposición, pues tenía un objetivo exclusivamente evangelizador. Aun así, como afirma el historiador René Millar: “tanto el gobierno como la oposición pretendieron sacar partido de la presencia de Su Santidad en Chile”⁵.

La atención ante la visita de Juan Pablo II era tanta que el periódico nacional *El Mercurio*, editado en la ciudad de Santiago, publicó una colección de cuarenta fascículos referidos a la figura del Papa, los cuales aparecieron a partir del mes de junio de 1986. Por su parte, el periódico santiaguino *La Tercera*, también de cobertura nacional, publicó a partir del mes de agosto de 1986 una serie de fascículos dominicales llamados *El Papa en mi casa*, los cuales tenían un sentido fundamentalmente catequético.

Con el fin de reunir algunos fondos económicos, la Iglesia lanzó la campaña *Santo Padre, yo te invito*, la cual consistía en la recolección de dinero por parte de todos los fieles. Esto significaba que la visita no dejaba mayores deudas al país, sino todo lo contrario. Incluso se pudieron ver gestos de generosidad de todos los sectores sociales, sobre todo de los más afectados económicamente. En palabras del Cardenal Juan Francisco Fresno: “así tuvimos una recolección de cientos de millones, fue una cosa muy linda”⁶.

En medio de la agitada preparación eclesial para la visita del Sumo Pontífice, durante el mes de agosto de 1986 el gobierno del general Pinochet decidió la expulsión de tres sacerdotes franceses (Pierre Dubois, Jaime Lancelot,

4 E. YÁÑEZ, *op. cit.*, p. 76.

5 R. MILLAR CARVACHO, “Impacto en el orden político”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, n° 6, 1997, pp. 225-227.

6 M. LORETO TAGLE P., “Entrevista con el Cardenal Juan Francisco Fresno”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, n° 6, 1997, p. 219.

Daniel Carourette), los que trabajaban en sectores afectados por problemas de marginalidad social en la ciudad de Santiago. La Conferencia Episcopal enfrentó esta medida definiendo la situación no sólo como dolorosa, “sino hasta ofensiva para la Iglesia”⁷.

Por otro lado, a finales del mes de enero de 1987, el día 21, desde la Ciudad del Vaticano se daba la aprobación médica al milagro de resucitación de un bombero de 18 años, atribuido a la intercesión de santa Teresa de Los Andes⁸, carmelita descalza de dicha ciudad muerta a principios de siglo XX, y que sería beatificada por Juan Pablo II en una Misa masiva en la explanada de un gran parque de la capital. Había otro motivo más de profunda alegría frente a la visita del Papa.

En este panorama de gran complejidad, la presencia de algunos grupos sectarios así como de iglesias denominadas “evangélicas” (de gran proliferación en los sectores más populares) también era una preocupación, pues junto al surgimiento de estos grupos se encontraba la paulatina disminución de la práctica religiosa, la que mostraba síntomas aún más preocupantes. La visita del Papa podría revitalizar, entonces, a la comunidad católica.

LA REALIDAD DE LA IGLESIA CHILENA

La particular situación chilena había sido advertida varias décadas antes por el sacerdote jesuita san Alberto Hurtado, quien en un libro de escándalo público en su tiempo denunció la situación de la Iglesia de Chile a través de un sugerente título: *¿Es Chile un país católico?*. La conclusión final de su tesis, esbozada algunos años antes con un pequeño trabajo sobre la escasez de las vocaciones sacerdotales⁹, daba cifras estrepitosas para los años cuarenta, de las cuales la más llamativa era, sin duda, que sólo el 10 por 100 de la población chilena asistía a la Misa dominical¹⁰. Este número probablemente no era mucho mayor en los años de la visita de Juan Pablo II. Así como el mismo santo jesuita había destacado la labor de difusión del mundo protestante pentecostal, así también profetizaba la problemática de décadas posteriores, ya que la expansión “evangélica” se habría vuelto en cierta forma imparable, tal como habría ocurrido en otras realidades latinoamericanas, como son el caso de Brasil o Perú, por ejemplo. Junto a ello, no resultaba menor la presencia de algunos grupos politizados al interior de las comunidades eclesiales católicas, los cuales no eran

7 Declaración de la Conferencia Episcopal Chilena del 11 de noviembre de 1986.

8 La exhumación de sus restos se hizo el 16 de febrero de 1987, ante la presencia del obispo de San Felipe. El día 20 del mismo mes la comisión de teólogos del Vaticano dio la ratificación oficial al milagro antes aprobado por los médicos de la Santa Sede.

9 A. HURTADO CRUCHAGA, *La crisis sacerdotal en Chile*, Santiago-Chile, 1936.

10 Cf. A. HURTADO CRUCHAGA, *¿Es Chile un país católico?*, Santiago-Chile, 1941.

movidos por motivos religiosos sino que, más bien, se amparaban en el cobijo parroquial como centro de comunidad, pero sin tener como fundamento un compromiso de fe.

Este último punto habría sido tan importante que se podría llegar a pensar que la labor de la Iglesia católica habría alcanzado una mayor aceptación en el período gracias a la credibilidad que hemos mencionado anteriormente. Además de la Vicaría de la Solidaridad¹¹, creada por el arzobispo de Santiago Cardenal Raúl Silva Henríquez, el apoyo social habría sido mucho mayor. Alrededor del 75 por 100 de todas las agrupaciones populares habrían recibido algún tipo de apoyo de instituciones católicas¹².

Así, las palabras escritas décadas antes por el Padre Alberto Hurtado para la segunda edición de su libro *¿Es Chile un país católico?*, edición que nunca apareció, resonaban nuevamente en el panorama del Chile de la década de los ochenta:

“fondo profundamente cristiano, poca formación religiosa, ausencia de prácticas fundamentales, campaña protestante intensa”¹³.

Tal vez estas palabras se podrían complementar con las escritas por el Cardenal Carlos Oviedo en 1997, recordando los diez años de la visita pontificia: “varios miles de hijos de esta tierra sintieron que la sola perspectiva de esta augusta visita despertaba en ellos las fibras de una fe, no muerta, pero sí adormecida”¹⁴. Por otro lado, la presencia de distintas realidades al interior de la Iglesia católica también resulta de interés para el período. Desde la década del cincuenta se encontraban presentes en Chile distintos grupos de sacerdotes obreros, la mayoría de ellos extranjeros e identificados con sectores de izquierda, los cuales tuvieron una participación activa en la oposición al gobierno militar, formando parte de los sectores más populares de las grandes ciudades. Así mismo, estos grupos de religiosos despertaban diferentes reacciones en la sociedad chilena de los años ochenta, pues su trabajo pastoral estaba claramente marcado por la contingencia política del momento. Clara muestra de ello es que, una vez restaurada la democracia, la decisión de cerrar la Vicaría de la Solidaridad por parte de Monseñor Oviedo

11 La Vicaría de la Solidaridad del Arzobispado de Santiago fue fundada el 1 de enero de 1976, teniendo la tarea de asesoramiento y asistencia legal y social a los afectados por las medidas del gobierno militar. Fue cerrada en el año 1992 por Monseñor Carlos Oviedo Cavada

12 Cf. H. STEWART-GAMBINO, “Las pobladoras y la Iglesia despolitizada en Chile”, *América latina hoy*, n° 41, 2005, p. 126.

13 *Apud.* P. ESPINOSA SANTANDER, “¿Es Chile un país católico? Polémica en torno a un libro del Padre Hurtado”, *Teología y vida*, vol. XLVI, 2005, p. 669.

14 C. OVIEDO CAVADA, “Recordando una visita de Dios a nuestra Patria”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, n° 6, 1997, p. 214.

representaba una nueva forma de relación entre la Iglesia, el poder político y los actores político-sociales del momento.

En cuanto a la presencia de nuevos grupos religiosos católicos, habría que destacar fundamentalmente dos: Opus Dei y Schönstatt. El primero llegó a Chile en 1950, instalándose primeramente en Santiago y expandiéndose en 1956 a Valparaíso y Viña del Mar. San Josemaría Escrivá de Balaguer visitó el país en 1974, fecha para la cual la Prelatura contaba con un importante número de adherentes. Hoy en día, además de los colegios, el Opus Dei contribuye al ámbito de la cultura gracias a la importante labor desarrollada por la Universidad de Los Andes, una de las más prestigiosas del país.

El movimiento apostólico de Schönstatt, de origen alemán, tiene una presencia anterior en el territorio chileno. Ya en 1936 existen las primeras comunidades, aunque su fundación oficial fue recién en 1947. Su fundador, el Padre José Kentenich, quien estuvo prisionero en el campo de concentración de Dachau (Alemania), realizó nueve viajes a Chile entre 1947 y 1952, justo antes de su partida al destierro en Milwaukee (EE.UU.). Con un espiritualidad profundamente mariana, y gracias a una sensibilidad y a un sistema educativo novedoso, esta forma de vivencia del Evangelio ha tomado un lugar importantísimo dentro de la Iglesia nacional, y el santuario Bellavista, ubicado en una zona residencial de la ciudad de Santiago, albergó de forma reiterada todas las grandes reuniones arquidiocesanas previas a la visita de Juan Pablo II.

Por otra parte, los Legionarios de Cristo llegaron a Chile recién en 1980. En el año 1981 el Arzobispo de Santiago, Cardenal Silva Henríquez, les encargó la dirección del Instituto Zambrano, un tradicional colegio masculino de la capital. A partir de ahí comenzaron con una labor educativa que se ha ido ampliando en el tiempo.

En definitiva, en torno al año 1987 el panorama de la Iglesia local chilena estaba más o menos claro, y prefiguraba una serie de hitos importantísimos de cara al futuro. En primer lugar, se anticipaban los desafíos propios de un proceso de transición con las debidas acomodaciones propias de la contingencia histórica. Sumado a ello, la liberalización económica y el posterior cambio generacional de los chilenos llevó a cabo un panorama de laicización que aún hoy se mantiene en marcha, obligando a una práctica religiosa más comprometida por parte de los sectores católicos.

En cuanto a la organización jerárquica, a finales de la década de 1980 la Iglesia de Chile contaba con 27 circunscripciones eclesísticas, con un clero de aproximadamente 2000 sacerdotes, tanto seculares como regulares, y una población cercana a los 13 millones de personas. Un número preocupante e insuficiente de cara a la asistencia espiritual del pueblo chileno¹⁵.

15 Cf. M. BARRIOS VALDÉS, *Chile y su Iglesia: una sola historia*, Santiago-Chile, 1992, pp. 184-187.

Ahora bien, como modelos y testigos de la fe, la Iglesia de Chile cuenta, actualmente, con dos santos canonizados (una carmelita y un jesuita), y una joven beatificada que fue educada con la Hijas de María Auxiliadora en Argentina. Santa Teresa de Los Andes (1900-1920) fue beatificada en 1987 durante la visita pontificia, y canonizada en 1993; san Alberto Hurtado, S. I. (1901-1952) fue canonizado en 2005; la beata Laura Vicuña (1891-1904) fue beatificada en 1988.

Sólo a modo de ejemplo, los datos proporcionados por el censo del año 2002 no dejan de ser alarmantes y, quizás, son la muestra evidente de los problemas frente a los que el Papa hizo su advertencia hace más de veinte años. De poco más de once millones de personas mayores de 15 años, el 91 por 100 se declaró creyente, porcentaje que tenía un 69,96 por 100 de católicos y un 15,14 por 100 de protestantes¹⁶.

Este último grupo está conformado fundamentalmente por adventistas y pentecostales, aunque también se encuentran algunos luteranos, anglicanos, presbiterianos, metodistas, bautistas, entre otros¹⁷. Mención aparte tienen los grupos identificados como sectas, los cuales también tienen alguna presencia en los sectores más populares de las ciudades (testigos de Jehová, iglesia de Jesucristo de los santos de los últimos días, por nombrar sólo dos).

Este es un dato ilustrador si pensamos en la creciente disminución de la práctica religiosa, la cual ha sido una preocupación pastoral de todos los últimos obispos de las diócesis chilenas, tal como lo demuestran las siguientes palabras del episcopado:

“sólo una renovación de la Iglesia en su misión evangelizadora puede permitir enfrentar cristianamente el desafío de las sectas y el reencuentro de quienes por diversos motivos no se han sentido en casa”¹⁸.

LOS PRIMEROS SEIS DÍAS DE ABRIL

El viaje pontificio a Chile se desarrolló entre el 1 y el 6 de abril de 1987. Los anhelos de un país entero se encontraban plasmados en la primera visita de un Sumo Pontífice, y la sensación general era de esperanza y de llamada a la reconciliación. Los preparativos a lo largo del territorio se habían desarrollado con mucha rapidez, y las distintas diócesis habían trabajado arduamente en la preparación espiritual de una población claramente expectante¹⁹, así como de

16 Datos obtenidos del INE (Instituto Nacional de Estadísticas): Censo Nacional de Población, año 2002.

17 M. BARRIOS VALDÉS, *Chile y su Iglesia: una sola historia*, op. cit., p. 195.

18 *Ibidem*, p. 196.

19 En una encuesta de opinión pública hecha por la empresa Testmerc, el 25 de enero de 1987 se daba a conocer que un 76 por 100 de los chilenos estaba de acuerdo con la visita de Juan Pablo II a Chile

una jerarquía cada vez más preocupada por el problema de la creciente violencia debido a la notoria polarización política²⁰.

El Papa arribó al aeropuerto internacional de Santiago el 1 de abril a las cuatro de la tarde, teniendo como primer gesto el característico beso de la tierra. La primera actividad oficial fue el rezo de vísperas en la Catedral Metropolitana de Santiago, junto a los sacerdotes, religiosos, diáconos y seminaristas de la arquidiócesis. Acto seguido, Juan Pablo II subió al santuario de la Virgen Inmaculada emplazado en la cima del cerro San Cristóbal, ubicado en una zona céntrica de la ciudad. Desde allí hubo una significativa bendición de la ciudad y de Chile.

El jueves 2 de abril la atención estuvo presente en la significativa visita al jefe de Estado en el Palacio de La Moneda. Posteriormente, esa misma mañana, las expectativas estaban puestas en el encuentro con pobladores de la zona sur de la ciudad, en un sector popular llamado “La Bandera”. El ambiente transparentaba las tensiones entre el poder civil y uno de los sectores más golpeados por las medidas del gobierno del general Pinochet. Así, la Iglesia era el canal de expresión ante el mundo entero de la polarizada situación al interior del país.

Con palabras de profundo aliento, el Papa exhortó a los pobladores a una vida llena de esperanza en Cristo, y advirtió también la amenaza de la utilización ideológica, la que tan presente se encontraba en medio de los sectores más postergados de las grandes ciudades. Con gran claridad y sin temores, advirtió sobre los peligros de la ideologización:

“en perfecta sintonía con el magisterio auténtico de la Iglesia y en íntima comunión con los Pastores, sed fieles a vuestra vocación y a la misión que habéis recibido, y no permitáis que otros intereses, extraños al Evangelio, enturbien la pureza de vuestra labor de asistencia y santificación. Tenéis entre vosotros eximios ejemplos de apóstoles que, a pesar de las dificultades e incluso incomprendiones, supieron desempeñar su ministerio pastoral a costa de los mayores sacrificios”²¹.

Las palabras del Papa reflejaban los problemas al interior de muchas comunidades parroquiales que se veían afectadas por la politización de sus fieles. Más adelante, el discurso resultaría aún más explícito, siendo, al mismo tiempo, una llamada de atención a la mala comprensión del mensaje evangélico dentro de una sociedad tan dividida:

²⁰ E. YÁÑEZ, *op. cit.*, p. 89.

²¹ Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los Pobladores de la zona sur de Santiago. Población La Bandera, jueves 2 de abril de 1987.

“la identidad eclesial requiere, finalmente, que las comunidades eclesiales de base eviten la tentación de identificarse con partidos o posiciones políticas que pueden ser muy respetables, pero que no pueden pretender ser la única expresión válida de la proyección evangélica sobre la vida y opciones políticas del país”²².

Cerca del mediodía, Juan Pablo II se reunió con los obispos de Chile en el Seminario Pontificio Mayor de Santiago, lugar en donde expresaba su gran preocupación por la violencia y el clima de odio reinante en el país. A través de un lenguaje directo, hizo un llamado a defender la vida y los derechos de todo ser humano, en tanto que creado a imagen y semejanza de Dios, e instó a la protección de los más desposeídos, tanto en lo material y, principalmente, en lo espiritual²³.

También se puede observar el especial hincapié que el Santo Padre hizo en relación a la Iglesia y al mundo político frente a los obispos. Retomando el Concilio Vaticano II argumentó diciendo: “la Iglesia no se confunde en modo alguno con la comunidad política, ni está ligada a sistema político alguno”²⁴. De algún modo había, implícitamente, una preocupación por la situación vivida en los últimos años, la cual se había agudizado con algunos sucesos relacionados con ciertas declaraciones públicas, por ejemplo, de Monseñor Camus²⁵.

Así mismo, el Santo Padre no tomó distancia de las necesarias advertencias ante el posible cambio que se avecinaba con el paso a la democracia. Al manifestar de forma pública su interés por la pronta recuperación de la plena participación ciudadana a través de una transición, expresaba a sus hermanos en el episcopado palabras de advertencia casi proféticas.

No abandonando la labor de Pastor, y continuando con las enseñanzas magisteriales de la Iglesia, recordaba que la única posibilidad para una verdadera vuelta a la búsqueda del bien común entre hermanos pasa, fundamentalmente, por una conversión interior:

“no podemos, sin embargo, olvidar que la raíz de todo mal está en el corazón del hombre, y si no hay conversión interior y profunda, de poco valdrán las disposiciones legales o los moldes sociales”²⁶.

²² *Ibidem*.

²³ Cf. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Chilena. Seminario Pontificio Mayor de Santiago, jueves 2 de abril de 1987.

²⁴ Cf. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Chilena. Seminario Pontificio Mayor de Santiago, jueves 2 de abril de 1987.

²⁵ E. YÁÑEZ, *op. cit.*, pp. 97-98.

²⁶ Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal Chilena. Seminario Pontificio Mayor de Santiago, jueves 2 de abril de 1987.

En su encuentro con las familias en Valparaíso pronunció un discurso lleno de valentía, defendiendo la indisolubilidad del matrimonio y yendo contracorriente de las políticas familiares a nivel mundial

“no os dejéis invadir por el cáncer del divorcio que destruye la familia, esteriliza el amor y destruye la acción educativa de los padres cristianos. No separéis lo que Dios ha unido”²⁷.

Más tarde el Santo Padre se reunió con los jóvenes chilenos la noche del mismo 2 de abril. Este encuentro en el Estadio Nacional estuvo cargado de fuerza moral a través del profético llamado a mirar el rostro de Jesús, pues más que un reformador social, recordaba, es el rostro de Dios mismo: “jóvenes chilenos, no tengáis miedo de mirarlo a Él...Lejos de Él sólo hay oscuridad y muerte”²⁸.

Siguiendo las enseñanzas magisteriales centradas en el tema del amor como única respuesta para la sociedad contemporánea, destacó la fuerza de éste y la necesidad del cambio de la sociedad a través del mensaje evangélico²⁹. Así, sus palabras fueron propias de un mensaje centrado en la vida de las Bienaventuranzas:

“el amor vence siempre aunque, en ocasiones, ante sucesos y situaciones concretas pueda parecernos impotente; Cristo también parece impotente en la cruz, pero Dios siempre puede más”³⁰.

Particularmente significativo resultó ser el encuentro con el mundo de la cultura en la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Chile la mañana del viernes 3 de abril. En él recordaba las raíces cristianas de la sociedad chilena, definida como cristiana y católica, noble y original. Más llamativo aún resultó el llamado explícito a los intelectuales cristianos, llamado que les invitaba a no caer en la influencia de la ideología, recordando que toda universidad católica debe evangelizar la cultura a través de la fidelidad al magisterio y a la doctrina de la Iglesia.

27 Homilía del Santo Padre Juan Pablo II en la Eucaristía de la familia. Aeródromo de Rodelillo, Valparaíso, jueves 2 de abril de 1987.

28 Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los jóvenes. Estadio Nacional de Santiago, jueves 2 de abril de 1987.

29 Cf. JUAN PABLO II, *Redemptor Hominis*, X.

30 Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los jóvenes. Estadio Nacional de Santiago, jueves 2 de abril de 1987.

Tal como recordaba el Cardenal Oviedo³¹, el discurso de Juan Pablo II al mundo de la cultura y constructores de la sociedad apuntaba a la fundamental responsabilidad de los actores culturales, quienes se constituyen en forjadores de la conciencia del pueblo. Había en ello un llamado de atención implícito a la labor operada en la realidad polarizada del país.

En la visita del Papa a la sede chilena de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), ocurrido la tarde del 3 de abril, éste expresó en tono apremiante: “¡los pobres no pueden esperar!”³². Este hecho, de cierta forma, no apuntaba sólo a un tema económico o de subsidios, sino que iba al fondo de la sociedad y de la cultura del “dolor” y de la falta de conciencia. La solidaridad, por tanto, surgiría sólo de la rectitud de la vida, a través de una “rigurosa conciencia”³³, la cual servía de respuesta incluso a las cuestiones más hondas de la división interna del país.

Sus palabras, como puede apreciarse, no estaban dirigidas a una complacencia del auditorio, ni tampoco resultaban agresivas, sino que eran producto de un firme convencimiento interior de la actualidad del mensaje evangélico. En el trasfondo de los discursos papales de la visita a Chile había una respuesta a los principales desafíos de la sociedad chilena de 1987, desafíos que apuntaban a un verdadero deseo de construcción de una sociedad más justa y, a la vez, más fraterna. La propia decisión de visitar al pueblo chileno había significado críticas al interior de Roma, donde se le catalogó como “inoportuno”. Aun así, el sentido sobrenatural de la misión ministerial entendió esta visita como un servicio a la comunidad de creyentes y no creyentes, vinculados o no a la contienda política³⁴.

Un capítulo particular fue lo acontecido la tarde del viernes 3 de abril, día de la Misa al aire libre en la explanada del Parque O’Higgins, en medio de la ciudad de Santiago. En esta Eucaristía masiva, en donde se llevó a cabo la beatificación de santa Teresa de Los Andes, un grupo de opositores políticos se levantaron violentamente en medio de la multitud de fieles, desatando una batahola de proporciones, lo que conllevó a la necesaria intervención policial, mientras el Papa permanecía silencioso, contemplando con cierto asombro los acontecimientos. El Cardenal Fresno, en una entrevista realizada en 1997, recordaba la impresión que en él suscitaban estos acontecimientos, y hacía mención a las palabras consoladoras del Santo Padre, quien en el interior del coche, rumbo a la Nunciatura, dijo: “señor

31 C. OVIEDO CAVADA, “Recordando una visita de Dios a nuestra Patria”, art. cit., p. 215.

32 Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los delegados de la CEPAL. Santiago, viernes 3 de abril de 1987.

33 *Ibidem*.

34 H. CORRAL TALCIANI, “Hito forjador de historia”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, nº 6, 1997, p. 227.

Arzobispo, no se aflija, el Señor lo ha permitido, y de estas cosas Él sacará algún bien”³⁵.

En relación a este hecho, el historiador René Millar hace un balance de la situación vivida en torno a estos sucesos de violencia, argumentando que a lo largo del tiempo éstos influyeron decisivamente en el aislamiento en el que cayeron los grupos más extremistas³⁶, los cuales habían dado inicio a los desórdenes del día 3 de abril. A ello se sumó el malestar general del país entero, el que vio en lo ocurrido la necesidad de seguir el llamado del Papa expresado en sus vigorosas palabras, no escritas en la redacción original de la homilía, pero pronunciadas espontáneamente al finalizar ésta: “¡el amor es más fuerte!”³⁷.

El llamado a la reconciliación del país fue explícito y, tal vez, en la Misa del Parque O’Higgins se puede ver de forma evidente la invitación a un cambio de vida, el cual se ordenaba dentro del deseo del Sumo Pontífice por transmitir el entendimiento al interior de la sociedad, claramente fragmentada. A nadie dejaron indiferente las siguientes palabras: “como han proclamado vuestros obispos: ‘Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento’. No se puede progresar agudizando las divisiones. Es la hora del perdón y de la reconciliación”³⁸.

Siguiendo el mismo sentido, agregó:

“hay concordia de mentes y voluntades cuando, por amor a la justicia y a la verdad, se respeta la dignidad de cada persona y se aprende la sabiduría de la cruz, experimentando el precio y la razón profunda del amor y del perdón, en comunión con Cristo”³⁹.

Más tarde, frente a un grupo de dirigentes políticos chilenos, de manera enfática y teniendo en la memoria los sucesos antes mencionados, expresó:

“en nombre del Evangelio, os pido a todos rechazar decididamente la tentación del recurso a la violencia, lo cual es siempre indigno del hombre; y por el contrario, inspirar las propias acciones en el amor, la confianza mutua, la esperanza”⁴⁰.

35 M. LORETO TAGLE P., “Entrevista con el Cardenal Juan Francisco Fresno”, art. cit., p. 220.

36 R. MILLAR CARVACHO, “Impacto en el orden político”, art. cit, p. 227.

37 Misa de Beatificación de Sor Teresa de Los Andes. Homilía del Santo padre Juan Pablo II. Parque O’Higgins, Santiago-Chile, viernes 3 de abril de 1987.

38 *Ibidem*.

39 *Ibidem*.

40 Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a un grupo de dirigentes políticos chilenos. Sede Obras Pontificias, Santiago-Chile, viernes 3 de abril de 1987.

El sábado 4 de abril las actividades se desarrollaron en el sur del país. En la ciudad de Puerto Montt Juan Pablo II se detuvo en el tema de la evangelización de América. En medio de la homilía, marcada por una profunda acción de gracias por los favores recibidos a lo largo de la historia cristiana de Chile, el Papa pronunció las siguientes palabras de hondo significado, muy acordes a la problemática de fondo que se vivía, y que hasta hoy sigue viviendo la sociedad chilena:

“¡a ti, Chile queridísimo, va mi mensaje de esperanza contra quienes pretenden arrebatarle la esperanza; un mensaje de paz y amor que te confirme como nación marcada por la fe católica!”⁴¹.

Con fuertes palabras de advertencia, el Papa abogaba por la libertad de los cristianos, advirtiendo que algunas de las mayores tentaciones que afectaban a la sociedad de aquellos días, y en cierta forma a la nuestra, son:

- El deseo de debilitar la comunión de la Iglesia, creando una “iglesia popular” que no es la Iglesia de Cristo.
- La tentación anticristiana de la violencia, impidiendo el diálogo y la reconciliación.
- La seducción de las ideologías.
- Las interferencias de intereses de potencias extranjeras⁴².

Nuevamente el mensaje pontificio aparecía, ante la mirada asombrada de los chilenos, como una advertencia y, al mismo tiempo, como un llamado de atención frente a los problemas suscitados por la coyuntura histórica de los últimos años del gobierno militar. Ante la cercanía de un proceso democratizador a desarrollarse en los años venideros, las palabras de Juan Pablo II resultaron admonitorias y cuasi proféticas, pues apuntaban a la centralidad de los problemas de la nación: la reconciliación, la ideologización, la desigualdad, la lucha de poder y los intereses particulares.

Un par de años después, el 10 de marzo de 1989, el Papa recibió a los obispos chilenos en visita *ad limina* en Roma. En dicha ocasión tuvo la oportunidad de recordar el viaje apostólico a Chile y, nuevamente, advirtió al episcopado de la gran tarea por delante frente a la problemática social y política del país. Además de exhortar e invitar al trabajo en conjunto, a la valoración de la importancia del laico en las labores temporales, así como a la radical importancia que debe tener la catequesis familiar y la preocupación por los jóvenes, volvió a recordar que el Pastor debe ser siempre signo de unidad en medio de la grey⁴³.

⁴¹ Misa para la Evangelización. Homilía del Santo Padre Juan Pablo II. Puerto Montt, sábado 4 abril 1987.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Cf. Discurso del Santo Padre Juan Pablo II a los obispos de Chile en visita *Ad limina apostolorum*. 10 marzo 1989.

EL VALOR DE LA VISITA A CHILE

Si intentásemos dar una visión general de lo que significó la visita de Juan Pablo II a Chile en el año 1987, tendríamos que ver punto por punto todos los aspectos de su tarea como Pastor de la Iglesia y como referente moral en medio de la sociedad occidental. No ha sido ése el objetivo de esta exposición, sino que, más bien, hemos intentado traer a la memoria algunos aspectos a tener en cuenta al momento de recordar el viaje pontificio.

Las aportaciones han sido muchas, y han influido en todos los ámbitos de una sociedad que había permanecido aislada durante poco más de una década, pero que anteriormente también había estado sometida a la implantación de un sistema político claramente ideologizado por grupos de línea marxista. Así, la labor de este Papa profundamente carismático significaba no sólo una visita en el sentido estricto del término, sino que representaba lo que el monje benedictino Gabriel Guarda ha llegado a llamar “una visitación”⁴⁴, tanto por el carácter misional único de la visita apostólica, así como por el profundo y ejemplar recogimiento tanto en el altar como en todas las actividades llevadas a cabo a lo largo de los primeros días del mes de abril.

En este sentido, el viaje de Su Santidad pudo ser un momento de respiro en las tensas relaciones de la jerarquía eclesiástica y el gobierno y, al mismo tiempo, sirvió para reforzar la necesaria reconciliación propia del proceso democrático, y para advertir sobre los nuevos peligros propios de la sociedad contemporánea. Por consiguiente, tanto la visión del gobierno de una Iglesia enemiga en tanto que politizada, así como la visión de la Iglesia, preocupada por la denuncia y la defensa de los derechos humanos, dieron paso a un signo augural de futura conciliación.

Durante gran parte del gobierno militar, hasta cierto punto, la disposición del poder político no fue la misma que tuvieron los Pastores católicos, quienes, en su mayoría, siempre estuvieron dispuestos al diálogo. Quizás la visita del Papa permitió una calma momentánea, pero de vital importancia para el proceso de transición que se comenzaría en 1988. Sin duda alguna él cambió el clima de convivencia nacional sólo con su testimonio.

Sin embargo, el panorama de la Iglesia chilena no pasó a ser especialmente fácil, pues el paso a la democracia ha supuesto, desde 1989, problemas de gran envergadura que atacan las bases de la sociedad humana: el ateísmo, el secularismo, la disminución de católicos, la crisis de fe, el exacerbado materialismo, entre muchos otros⁴⁵.

⁴⁴ G. GUARDA, “Enseñanza de una visita”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, n° 6, 1997, p. 224.

⁴⁵ E. YÁÑEZ, *op. cit.*, pp. 131-132.

En síntesis, dentro de un marco histórico marcado por los cambios de la sociedad civil, así como por las dificultosas relaciones con la Iglesia, el gobierno militar obtuvo de la visita papal un reconocimiento de su autoridad política, lo cual fue una ayuda de cara al proceso de finalización del mandato y de cambio político post- elecciones de 1988. En el ámbito político, este acontecimiento se constituyó en un hito y anticipó un camino hacia la democracia dentro de un orden social, bajo un marco jurídico dado y con un consenso que, implícita o explícitamente, recordaba la invitación de Juan Pablo II a la búsqueda del bien común y al rechazo de toda forma de violencia, única manera de alcanzar la justicia y la reconciliación⁴⁶.

Aun así, siguiendo las palabras publicadas en 2007 en la editorial de una prestigiosa revista chilena, mirando retrospectivamente veinte años atrás, creemos necesario volver a recordar que:

“la violencia, la humillación, la frustración, el deseo de venganza y tantos otros sentimientos destructivos que habían aflorado en nuestra convivencia nacional en los años que precedieron a su visita, se mostraron impotentes ante la bondad de este hombre, que sólo irradiaba paz, consolación y espíritu de reconciliación”⁴⁷.

46 Cf. R. MILLAR CARVACHO, “Impacto en el orden político”, art. cit., p. 227.

47 “Veinte años después. La visita pastoral de Juan Pablo II a Chile”, *Humanitas. Revista de antropología y cultura cristiana*, n° 46, año XII, 2007, pp. 216-217.